

VÍCTOR MÍNGUEZ • JUAN CHIVA
PABLO GONZÁLEZ TORNEL • INMACULADA RODRÍGUEZ MOYA

La fiesta barroca

PORTUGAL HISPÁNICO Y EL IMPERIO OCEÁNICO

Triunfos barrocos

~ VOLUMEN QUINTO ~

UNIVERSITAT JAUME I

ÍNDICE

PRÓLOGO

- «Hablar con Su Magestad de Su Magestad»
Francisco Javier Pizarro Gómez, Universidad de Extremadura ... 11

LA FIESTA BARROCA. PORTUGAL HISPÁNICO Y EL IMPERIO OCEÁNICO

INTRODUCCIÓN	19
1. El imperio portugués y la monarquía hispánica	23
2. Lisboa, la capital del imperio	37
3. Juras reales y entradas para una nueva dinastía.....	51
4. Unción y muerte del rey	65
5. La religiosidad. Portugal y Lisboa	77
6. Festejo y ceremonial en Brasil: Salvador de Bahía y Río de Janeiro	91
7. Manila y las ciudades asiáticas del imperio: Goa, Malaca y Macao	99
8. San Francisco Javier y la iconografía jesuítica en el Extremo Oriente	111
9. Emblemas hasbúrgicos y guerra de imágenes entre la Casa de Austria y la Casa de Bragança	123
10. Los Bragança y <i>La Restauração</i>	135
LAS IMÁGENES DE LA FIESTA: CATÁLOGO	145
1. El reino de Portugal	147
2. El imperio oceánico	299
FUENTES ESENCIALES.....	341
BIBLIOGRAFÍA	345

PRÓLOGO
«HABLAR CON SU MageSTAD DE SU MageSTAD»

FRANCISCO JAVIER PIZARRO GÓMEZ
Universidad de Extremadura

«Hablar con Su Magestad de Su Magestad»

Desde mediados del siglo xvi, el impacto de la unión con Portugal se convierte en un tema de primer orden en la política hispana, con largos debates y facciones enfrentadas, como se hizo patente desde centurias previas con los matrimonios de los hijos de los monarcas castellanos, incluida Isabel I al casar a su hija con el rey Alfonso, hijo de Juan II, el llamado *Príncipe Perfecto* al que Lope de Vega dedicara su *Comedia famosa del príncipe perfecto*, cuya actitud enaltecedora hacia el monarca portugués por parte de su autor fuera puesta en cuestión por Ignazio de Luzán en su *Poética* (III, 185. 1737). Ni la obra del «Fénix de los ingenios» ni la crítica neoclásica de Luzán a las dudosas alabanzas de aquel hacia el príncipe portugués fueron banales. La obra de Lope de Vega se escribía unos años antes del tan esperado viaje de Felipe III a Portugal. La del discípulo de Feijoo hay que entenderla dentro del sentimiento nacional patriótico del pensamiento ilustrado y de tiempos peninsulares convulsos.

Las relaciones de las dos coronas peninsulares nunca fueron fáciles, pero siempre necesarias a los intereses de ambas. Los sucesivos periodos de paz y de guerra influyeron en ambos territorios y de manera muy especial en el límite de los mismos, incidiendo incluso en la organización territorial y en el urbanismo que oscilará entre el eje directriz norte-sur en tiempos de guerra y el este-oeste en tiempos de paz. Durante siglos, el debate sobre la «Unión ibérica» (xvi-xvii) primero y después sobre el «iberismo» (xviii-xix), tan ansiado por las élites gobernantes castellanas como temido por las financieras portuguesas, fue una constante en la historia de la política española moderna y contemporánea.

El impacto de la integración de Portugal en la Corona española en 1580 fue decisivo para esta incluso después del fin de la Unión. La influencia de la refinada Casa de Avís en la corte austriaca sería decisiva, como lo fue en la política. Baste citar el caso singular de Isabel de Portugal, reina de España y emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico. Los sesenta años de integración produjeron un destacado impacto en la corte castellana en lo festivo, lo ceremonial y en la etiqueta de corte, al incorporarse prácticas de la Casa Real de Lisboa e integrarse con las castellanas y borgoñonas. Por otra parte, la anexión de una ciudad como Lisboa, cosmopolita, marítima y cabeza de exploraciones y de control de importantes ciudades en Asia, llevaría incluso al debate sobre la oportunidad de convertirla en la capital de aquella Unión.

Con motivo de la espectacular entrada triunfal que Lisboa prepara en 1619 para recibir a Felipe III, los mercaderes alemanes de la capital lusa levantan un monumental arco efímero, en cuya cúspide y bajo la Corona imperial sustentada por las personificaciones de España y Alemania, aparecía el águila bicéfala con el escudo de la Casa de Austria en su pecho. La crónica de aquel acontecimiento, tan generosa y bellamente ilustrada, sería redactada por João Baptista Lavanha, cronista del reino de Portugal, convirtiéndose en uno de los textos esenciales para historiar la fiesta barroca europea de todos los tiempos. En el texto que se ocupa del arco de los alemanes, se describía la esencia simbólica de aquella extraordinaria construcción efímera de la siguiente manera: «... porque este edificio no es otra cosa que un arco, por el cual pasando su Magestad le digamos nuestro pensamiento, y el lo halle escrito en letras o en figuras; pretendemos hablar con Su Magestad de Su Magestad, en género y en especie, y de las grandezas, valor y fortuna de la Casa de Austria».

El texto del cronista, cuyo papel en aquel acontecimiento parece que fue más allá que de dar fe del mismo, nos parece muy elocuente acerca de lo que los promotores de aquellos aparatos efímeros pretendían con la arquitectura y el programa iconográfico de la ornamentación de la misma: «hablar con Su Magestad». Y, además, hablar al rey «de Su Magestad». No cabe mejor expresión de uno de los grandes objetivos de la fiesta europea en los tiempos de la modernidad histórica: poder comunicarse con el rey a través de la imagen y la palabra escrita, como hicieron, tanto en 1581 como en 1619, los «hombres de negocio» lisboetas y los mercaderes alemanes, incluso con arcos semejantes estos últimos, para llamar la atención al monarca sobre la conveniencia de Lisboa como capital del imperio.

Textos, imágenes, escenografías teatrales, juegos de artificio, etc. Un conjunto de elementos para disfrutar sensorialmente, pero también para proyectar mensajes y discursos simbólicos y literarios, cuya lectura es hoy una fuente fundamental para contextualizar etapa, circunstancias o situaciones históricas. Así, la crónica de la entrada triunfal de Felipe III en Lisboa en 1619, como la de Felipe II en la misma ciudad en 1581, nos hablan de las relaciones entre los reinos castellanos y portugueses y las de estos con el resto de Europa y del orbe, pues en las expresiones efímeras de ambas no faltaron las imágenes alusivas a los territorios de los dominios españoles y portugueses. Como es sabido, la entrada lisboeta del siglo XVI fue la expresión de la reciente incorporación de Portugal a la corona castellana, interviniendo en sus preparativos don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, que habría de ser el primer virrey de Portugal, y artífices de la talla de Juan de Herrera, pues el recibimiento lisboeta a Felipe II debía disponer de los elementos necesarios para expresar calidez y riqueza, convocándose concursos para la invención «más galante». Aquellos incentivos, no siendo extraños en las entradas triunfales, adquirieron en aquella ocasión un sentido político para minimizar el impacto del rechazo de algunas cámaras municipales a colaborar en los preparativos del que en alguna ocasión se ha llamado el «(no) viaje» de Felipe III a Portugal, pues la ausencia del monarca por espacio de dos décadas había creado un sentimiento de rechazo, convertido en motivo de esperanza de que Lisboa se convirtiera en capital de la corte tras la muerte del monarca en 1621.

Los siglos de conflicto y concordia entre España y Portugal habría de generar un conjunto de leyendas y mitos, como el del rey don Sebastián y el llamado *sebastianismo*, de héroes y heroínas, como la panadera Brites de Almeida o la virreina Margarita de Saboya y, cómo no, de milagros y de santos y santas. En 1526 era beatificada Isabel de Portugal (Isabel de Aragón), Reina de Portugal entre 1282 y 1325, y en 1625 tenía lugar la canonización tan esperada tanto por Portugal como por Aragón, ensalzándose su carácter caritativo y reconociendo su frustrado intento por lograr la paz entre su esposo, Dionís de Portugal, y su hijo Alfonso, el futuro Alfonso IV. Antes de la canonización, en 1616 el papa Paulo V rubricaba la bula por la que se autorizaba la celebración de oficios y fiestas en honor de la santa hispano-portuguesa en Aragón, atendiendo así la petición que un año antes formulara Felipe III en este sentido y de igual forma que ya se hacía en Portugal. Como acertadamente ha señalado Cécile Vincent-Cassy (2010, 77), la santificación de Isabel de Portugal adquirió tintes «nacionales», siendo celebrada tanto en Coimbra como en Zaragoza y, por supuesto, en Madrid en tanto que capital de la monarquía hispánica y de la Unión Ibérica. La importancia de la figura de Isabel de Portugal procuraría que el obrador de Zurbarán le dedicara el lienzo que se conserva en el Museo del Prado y que durante algún tiempo se identificó como Santa Casilda. La obra, como es sabido, formaba parte de la colección de Fernando VII y colgaba en las paredes del trascuarto de la Reina en el Palacio Real.

Con la incorporación de Portugal a la corona española, la presencia de ciudades orientales en la corte española, como Macao, Malaca o Goa, se hace patente en las expresiones festivas, como es el caso de las entradas triunfales. Sirvan de ejemplo las esculturas que representaban a las ciudades de Goa y de Malaca en la construcción efímera que se levanta junto a las Portas da Ribeyra en Lisboa 1581 por los mercaderes y comerciantes de la ciudad. Recordemos, por otra parte, las juras de Felipe II en Goa o Macao, siendo esta última la primera ciudad asiática en rendir homenaje al monarca español, lo que serviría de ejemplo a otras ciudades asiáticas merced a la labor de los jesuitas.

Pero España, Portugal y las posesiones ultramarinas de ambos reinos estuvieron unidas también por el culto a las reliquias, siendo el caso de las de las Once Mil Vírgenes el ejemplo más singular. Tengamos en cuenta el trasfondo político que desde el siglo XVI tuvo el coleccionismo de reliquias. Aunque, como es sabido, las primeras reliquias de las compañeras de Santa Úrsula llegan a España procedentes de Colonia en el siglo XIII, es durante los reinados de Carlos V y de Felipe II cuando el culto a las Once Mil Vírgenes se difunde por España y Portugal, desde donde, gracias a los jesuitas, se extiende por Iberoamérica, la India y el Lejano Oriente. La llegada de las reliquias de las Once Mil Vírgenes fue objeto de fiestas y ceremonias, como las que tienen lugar en Lisboa en 1517 merced a la donación que hiciera el emperador Maximiliano I a petición de doña Leonor, esposa de Juan II, o las que se producen nuevamente en Lisboa y el Real Monasterio de San Jerónimo de Yuste en 1588 por voluntad de Felipe II. En la oratoria sagrada del barroco no habrían de faltar las referencias a las Once Mil Vírgenes en discursos, oraciones y sermones.

El viaje de las reliquias es también el viaje de la corona que, de esta forma, se hace presente también en tierras lejanas. La presencia de los restos San Francisco Javier en Goa desde 1554, procedentes de Malaca, fue trascendental para la proyección del culto a sus reliquias en la India, lo que se ha mantenido hasta nuestros días, exponiéndose su cuerpo cada diez años en olor de multitudes. Tanto la llegada del cuerpo de San Francisco Javier a Goa, como la canonización en 1622 y el traslado de sus restos a la iglesia del Buen Jesús en 1624 sirvieron de motivo para sermones y ceremonias festivas organizadas y protagonizadas por la Compañía, como es el caso especial de las celebradas en Madrid el mismo año de su canonización.

La santidad y el martirio unió a España, Portugal y los dominios ultramarinos de ambas coronas merced a la fabricación visual y textual de la imagen de los Mártires del Japón, difundida por las órdenes religiosas y la monarquía hispánica en Filipinas y en la Nueva España. En el territorio novohispano la difusión de la iconográfica de los Mártires de Japón será especialmente destacada y, dentro de ella, la referida a San Felipe de Jesús sería proverbial merced al hecho de su beatificación en 1627 junto al resto de los 26 mártires y su canonización en 1862, lo que le convirtió en el primer santo de origen novohispano. La imagen del martirio fue copiosamente difundida en textos, grabados y lienzos desde el mismo momento del martirio en 1597 para convertirse en motivo de exaltación de las órdenes franciscanas y jesuitas, como ponen de relieve, por ejemplo, los frescos del templo del antiguo convento franciscano (hoy catedral) de Cuernavaca.

De todo este mundo de la cultura simbólica y festiva derivada de las relaciones históricas entre España y Portugal y sus extensiones hacia los dominios ultramarinos de ambos reinos se da cumplida cuenta en los diez capítulos de la publicación que con estas líneas tenemos el honor de prologar. Se trata de una nueva entrega de un proyecto editorial del Grupo de Investigación «Iconografía, Historia y Arte» (IHA) de la Universitat Jaume I cuyos destinos rige tan acertadamente el Dr. Mínguez Cornelles. El proyecto «La Fiesta Barroca», que desde hace ya algunos años desarrolla dicho grupo con el rigor a que nos tiene acostumbrados, llega a su quinta entrega con este volumen. Suscribo las palabras escritas por el Dr. Checa Cremades en el prólogo a la cuarta entrega de este proyecto, al afirmar que este es uno de los mayores resultados que ha dado la universidad española. Acompañan al Dr. Víctor Mínguez en esta meritoria labor del proyecto, miembros de su equipo con una trayectoria curricular jalonada de éxitos y reconocimientos en los temas relacionados con la fiesta, la cultura simbólica y la imagen de la monarquía. Nos referimos a Inmaculada Rodríguez Moya, Juan Chiva Beltrán y Pablo González Tornel, cuya presencia en este proyecto garantiza el éxito del mismo habida cuenta de su amplia y contrastada experiencia en estos apasionantes temas de investigación.

Tras el dedicado al Reino de Valencia (2010), el que se ocupó de los virreinos americanos (2012), el que hizo de los reinos de Nápoles y Sicilia la tercera entrega (2014) y el que se dedicó a la Corte del Rey (2016), llega ahora el dedicado al Portugal hispánico

y el imperio oceánico bajo el mismo prisma científico y metodológico que los volúmenes anteriores, consiguiendo así una colección única en la Historia del Arte, por lo que siempre estaremos en deuda con este equipo modélico de la Universitat Jaume I, cuya ejemplaridad sigue haciendo escuela. Los tres pilares metodológicos del proyecto, como son localizar, clasificar, analizar las imágenes derivadas de las celebraciones festivas de la monarquía hispánica, concluyen en un último y trascendental proceso, que no es otro que la edición de los resultados de la investigación y ponerlos al servicio de la comunidad científica.

El proyecto «La Fiesta Barroca» nos transporta en este volumen a las manifestaciones festivas y ceremoniales de todo lo que hemos tratado de reflejar en estas líneas modestas prologales, centrándose en tiempos del barroco pero sin olvidar los antecedentes y consecuentes del universo de imágenes, literarias y visuales, que deparó la Unión Ibérica tanto para Europa como para las Indias orientales y occidentales. En los diez capítulos de esta publicación compendian de forma inteligente e inteligible una historia de siglos y continentes a través del fenómeno de la fiesta en todas sus manifestaciones y expresiones artísticas e iconográficas.

Tras la década de capítulos, y como se hizo en los volúmenes anteriores, se incluye un rico y valioso catálogo de imágenes de la fiesta en dos grandes apartados: los dedicados al reino de Portugal y al imperio oceánico; un compendio iconográfico que, junto con los de los volúmenes anteriores y los que, sin duda, deben suceder a este, conformarán al finalizar el proyecto un conjunto enciclopédico de indudable interés y obligada consulta para todos, nos dediquemos o no al universo de la imagen artística.